

NETTIE LEE BENSON, 1905-1993

EN UNA DE LAS PUBLICACIONES dedicadas a la doctora Benson con motivo de su retiro de la docencia en 1990, se menciona que en vida, se convirtió en verdadera leyenda. La misma impresión tuve al oír las primeras menciones a la “señorita” Benson en El Colegio de México, al incorporarme al Centro de Estudios Históricos a principios de la década de 1960. No la conocí sino hasta el verano de 1963 y persiste la impresión que me dio entonces: cara pálida angulosa, con una trenza de cabello rubio canoso, porte decidido de paso firme, voz impaciente y generosidad reticente, sin innecesarias cortesías, que no dudaba en prodigar tiempo para guiar al investigador hacia las fuentes apropiadas.

Todavía estaba la Colección Latinoamericana en la vieja torre de la Universidad de Texas. Los cuartos eran polvosos y estrechos, las mesas pequeñas y sin todas las conveniencias que tendrían después en el moderno y adecuado Sid Richardson Hall. Su escritorio, rebosante de toda clase de papeles, estaba apenas separado de los catálogos, lo que le permitía darse cuenta de los problemas con que tropezaban los investigadores y contribuir a solucionarlos. Su única condición era la seriedad, pues era intolerante con los diletantes.

Nettie Lee Benson cumplió tres grandes tareas desde la Universidad de Texas en Austin: precursora de un movimiento revisionista sobre el temprano siglo XIX mexicano, constructora de la gran colección latinoamericana y mentora

de destacados mexicanistas que hicieron tesis bajo su dirección.

Había descubierto su interés en México desde su niñez, al crecer cerca de la frontera en Sinton, Texas, en donde la convivencia con los fronterizos le imprimió “a social philosophy of ethnic pluralism”, como diría Henry Schmidt en 1990. A pesar del éxito que alcanzó, su carrera no fue fácil, por las limitaciones que le imponían los tiempos a su sexo y a su carrera; pero nunca la oí quejarse.

Dos pequeñas circunstancias iban a marcar su destino: un curso de historia de la Norteamérica española con el profesor Charles W. Hackett, a su entrada en la Universidad de Texas en Austin en 1924, y la oportunidad de enseñar en la escuela secundaria para niñas establecida por la Iglesia Metodista en Monterrey, durante los años de 1925 y 1926. La primera le imprimió la curiosidad intelectual hacia el pasado mexicano y la segunda, le abrió avenidas de comprensión humana para una cultura diferente. Sus vivencias de esa época dramática, las recordaría a menudo en sus pláticas.

Sus estudios para obtener sus diplomas de bachillerato y maestría se alargaron ante la necesidad de trabajar como maestra de primaria y secundaria. Cuando los duros tiempos de la Gran Depresión empezaron a ceder, volvió a la Universidad en 1941, sin otro propósito que aprobar todas las materias que tenían que ver con la América Española, las que después le permitirían optar por el doctorado. Desde el primer momento fue notable su interés hacia Latinoamérica, de manera que un año después, cuando el director de la Colección Latinoamericana pidiera licencia, los profesores la animaron a solicitar el puesto. De esa manera empezó a trabajar, en 1942, en la Colección que hoy lleva su nombre y en donde iba a permanecer hasta agosto de 1975.

A base de desvelos, logró rendir exámenes y escribir la tesis doctoral, a la vez que trabajaba tiempo completo en la Colección. Ella gustaba de explicar que inicialmente había pensado escribir sobre Ramos Arizpe, pero al tropezar con su participación en el establecimiento de las diputaciones provinciales, de las que casi no había referencias, se interesó en aclarar su existencia y terminó por escribir “The Provin-

cial Deputation in Mexico: Precursor of the Mexican Federal State'', trabajo por el cual recibió el doctorado en 1949 y que convertido en libro se publicaría como *La diputación provincial y el federalismo mexicano* publicada por El Colegio de México en 1955, una obra que no tardó en convertirse en clásica.

Mas la Colección llenó su vida por muchos años y su labor fue increíble. Su puesto le abrió oportunidades que ella supo aprovechar hasta el máximo. Gracias a una idea surgida en el seno del Seminar on the Acquisition of Latin American Library Materials, realizó viajes por toda Latinoamérica para entablar relaciones, comprar libros, folletos y publicaciones oficiales para las principales bibliotecas norteamericanas interesadas en el área. Su labor bibliográfica fue inmensa y puede juzgarse con una visita a la Colección. Como verdadera profesional no esperó a que los financiamientos le cayeran del cielo, sino que los promovió con gran empeño; tampoco facilitó su tarea acudiendo a distribuidores que cobran alto por sus servicios, sino que creó canales muchas veces barrocos para que le enviaran periódicos, folletos y publicaciones oficiales, de las que no ha quedado otra huella que su presencia en la Colección. Sus arreglos con viejos libreros, como el caso del señor Botas, son dignos de antología. Y su generosidad hizo que cuando surgía una oportunidad inapreciable para comprar alguna obra o colección importante y no había presupuesto, su chequera también estuviera disponible. A pesar de que contribuyó con más de 100 000 dólares a la Colección, ésta no fue su contribución más importante; ella diseñó el tipo de Colección modelo que es; bajo su inspiración no se aplicó la práctica de descartar libros poco consultados o números sueltos de revistas y periódicos, se optó por completarlos poco a poco; se rescataron toda clase de documentos, a veces de tiraderos, como en el caso de la Colección Documental de los Ferrocarriles del Norte; se compraron colecciones de microfilms; se coleccionaron fotografías, tarjetas postales, cancioneros, hojas de publicidad política, etc., etc., con lo cual se ha formado el impresionante repositorio de investigación que la colección significa. Así, en lugar de ver decrecer sus fondos,

como nuestras bibliotecas públicas o nacionales, hoy tiene la mejor colección de periódicos de toda la República Mexicana y las únicas colecciones completas existentes de leyes y decretos de Basilio Arrillaga, de los debates parlamentarios de Mateos y de muchos otros y un fondo de más de 600 000 títulos. Eso sí, se negó siempre a comprar documentos robados, para no estimular que se llevaran a cabo. Sin duda, que la colección lleve hoy su nombre está ampliamente justificado.

La última de sus grandes huellas la dejó en la docencia. Se inició en 1959, en la escuela de Biblioteconomía, donde a su paso inició una especialización dedicada a Latinoamérica. En 1962 empezó a enseñar en el departamento de Historia. De su primer Seminario queda una buena publicación, *México y las Cortes de Cádiz*, inicio del esfuerzo que dedicó a formar historiadores latinoamericanistas y en especial mexicanos, a los que empujó a revisar las viejas interpretaciones interesadas, con un examen exhaustivo de fuentes primarias y una mente libre del mayor número posible de prejuicios. Sus seminarios fueron modelo y los siguió impartiendo hasta 1990, en que sintió que la sordera obstaculizaba la comunicación con sus alumnos.

Esas tres tareas, amén del tiempo que dedicó a las decenas de investigadores mexicanos que visitamos la Colección, ameritaron que en 1979 el gobierno mexicano le otorgara el Águila Azteca, en reconocimiento de la deuda que la historiografía mexicanista tenía con la doctora Benson. Su muerte ocurrió el 24 de junio. Los que fuimos sus alumnos —formales o informales— y nos convertimos en sus amigos, extraeremos su presencia. Descanse en paz.

Josefina Z. VÁZQUEZ
El Colegio de México